

La vigencia semiótica de Peirce

Graciela Barranco de Busaniche

El tema de mi breve intervención no pretende ser una exposición condensada de la semiótica de Peirce, sino el esclarecimiento de algunas cuestiones que ayuden a explicar su importancia para el pensamiento contemporáneo.

En su libro *Contingencia, ironía y solidaridad*¹ nos dice Richard Rorty que “hace unos doscientos años comenzó a adueñarse de Europa la idea de que la verdad es algo que se construye en vez de algo que se halla”, y ésta, junto con el acontecimiento de la Revolución Francesa que había mostrado que la totalidad del léxico de las relaciones sociales (y en general, de las instituciones sociales) podía ser sustituido abruptamente, explica porqué en el siglo pasado los utopistas políticos fueran la regla más que la excepción. Rorty caracteriza a los utopistas políticos como pensadores que no tematizan ni sobre la voluntad de Dios ni sobre la naturaleza del hombre y que “sueñan con crear una forma de sociedad hasta entonces desconocida”. Estos intelectuales, junto con los poetas románticos, quienes concibieron al arte como creación, contribuyeron a desarrollar una actitud acerca del sentido de la propia vida y de la propia comunidad como ligados al arte o a la política o a ambos, antes que a la religión, a la filosofía o a la ciencia. Y, según Rorty, esta actitud es asumida por filósofos contemporáneos que ven a la ciencia como una actividad humana más, que consiste en inventar descripciones acerca del mundo (como las inventadas también por poetas y pensadores políticos), descripciones que no intentan constituirse en una representación exacta de cómo el mundo es en sí mismo.

Kant y Hegel estuvieron entre los primeros filósofos dispuestos a ver al mundo de la ciencia empírica como un mundo construido, pero “no fueron capaces de concebir el rechazo de la idea misma de que algo (mente o materia, yo o mundo) tuviese una naturaleza intrínseca que pudiera ser expresada o representada”.

En términos de Rorty, aunque el idealismo alemán estuvo dispuesto a negar que “el mundo está ahí afuera” (que no es nuestra creación), no estuvo dispuesto a negar que la “verdad está ahí afuera” (esto es, a afirmar que donde no hay proposiciones no hay verdad, que las proposiciones son elementos del lenguaje, y que el lenguaje y el hombre se crean mutuamente). Lo que ya

GRACIELA BARRANCO DE BUSANICHE es profesora de la Universidad Nacional de Rosario.

¹ Richard Rorty, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona, 1991. Las citas que siguen pertenecen a la Primera Parte.

vislumbraron los idealistas alemanes, los socialistas utópicos y los poetas románticos, fue algo semejante a algunas afirmaciones de Peirce: “los hombres y las palabras se educan recíprocamente unos a otros”; “mi lenguaje es la suma total de mí mismo”; “el concepto de realidad implica esencialmente la noción de comunidad”.²

Estas afirmaciones son consistentes con la concepción que tiene Rorty de la filosofía como método “para redescubrir muchas cosas de una manera nueva hasta que se logra crear una pauta de conducta lingüística que la generación en ciernes se siente tentada a adoptar”, “un tipo de filosofía que no trabaja pieza a pieza [...] sino holística y pragmáticamente”, y que si bien incita a cambiar de “juego de lenguaje”, no da criterios de comparación entre el juego tradicional y el nuevo lenguaje, pues la novedad del último implica que no hay tales criterios. Como sostiene Davidson: “debemos advertir que hemos abandonado no sólo la noción corriente de lenguaje, sino que hemos borrado el límite entre el conocimiento de un lenguaje y el conocimiento de nuestra marcha por el mundo en general”.³

Me he apoyado hasta aquí en la visión pos-analítica de Rorty, porque considero que es particularmente sutil para desentrañar la cuestión acerca de la contemporaneidad del pensamiento de Peirce, un pensador casi desconocido en su época y escasamente apreciado hasta hace unas décadas, pero que hoy aparece como el creador de uno de los paradigmas semióticos de mayor relevancia. Los filósofos llamados del “giro lingüístico”, como Isaiah Berlin o Charles Taylor recuperan las sugerencias del último Wittgenstein para comprender la acción humana y social, acentuando en ésta el papel constitutivo del lenguaje. Ellos, al igual que Davidson y Rorty, sostienen que la tarea filosófica consiste en actualizar o literalizar nuevos esquemas metafóricos frente a los tradicionales, en su intento por entender (en el sentido de redescubrir) al mundo. Creo que la metáfora semiótica de Peirce se constituye, en nuestros días, en un medio (ni el único ni el óptimo) para llevar a cabo esa tarea.

Suelo aludir en mis clases a una metáfora visual que Fernando Savater⁴ utiliza al hablar de la filosofía, pues la considero especialmente útil para entender a la metáfora semiótica de Peirce: es el grabado de Escher titulado *Tres mundos*, de 1982. En él se ve una capa transparente y reflectante de agua, sobre la que flotan infinidad de hojas: tal es uno de los mundos. Allí se reflejan los árboles otoñales que suponemos que están a orillas del agua: tal

² C. S. Peirce, “Algunas consecuencias de cuatro incapacidades”, párrafos 49-51, en *El hombre, un signo*, Crítica, Barcelona, 1988.

³ Citado en Richard Rorty, *op. cit.*, pág. 35.

⁴ Fernando Savater, *La tarea del héroe*, Taurus, Madrid, 1986.

el segundo mundo. Y bajo la superficie cristalina deambula un pez, habitante de otro mundo más. Ni los árboles exteriores, ni el pez, nadando bajo las aguas agotan la vida del estanque, que tampoco podría ser tal sin ellos. La capa de agua tiene su estatuto particular, pero necesita hojas, reflejos y transparencias para mostrarse. En el grabado no se puede apreciar el elemento activo del proceso: la incesante capacidad transformadora de las aguas, el aprovechamiento de las hojas para mantenerlas puras y oxigenadas y para alimentar a los peces que las recorren. La semiosis en Peirce se asemeja al proceso de recorrer esos tres mundos, a su relación de dependencia y a la vez de oposición, a lo que cada uno posibilita o encubre, a la innovación que los atraviesa y no cesa de actuar.

El objeto percibido (la capa de agua) es siempre percibido "como" algo que tiene ciertas características (espejo que refleja los árboles, hábitat del pez). El objeto es percibido como objeto semiótico respecto al fundamento. En la semántica de Frege, el objeto es la referencia; tal concepción rige en la filosofía analítica. Lo que tiene en común Peirce y los filósofos posanalíticos como Rorty, es la oposición a esa teoría referencial que establece correspondencia entre expresiones y objetos. En una redescrición del mundo cambian los objetos semióticos, pues no son independientes del contexto o mundo semiótico del hablante. La oposición a la correspondencia como base de una teoría de la representación aparece también en filósofos como Derrida y Deleuze.

El representamen es el concepto de signo que en tanto signo empírico, tiene por objeto un objeto semiótico, es decir, un objeto que siempre deviene en otro a través del interpretante. El signo en tanto relación triádica no es "algo" en sí mismo, como no lo es el conjunto vacío en matemática ni el nudo en la teoría de los grafos; como ausencia de "algo", permite la interrelación de los componentes de la relación triádica. Y esa relación nunca es la "misma" relación, al igual que el río de Heráclito no es nunca el "mismo" río. El fluir de la semiosis revela la continuidad por la cual un signo siempre deviene otro, sin que haya una distinción total entre agente semiótico, significado o signo. Esta manera de ver el mundo se enfrenta necesariamente a la de la tradición cartesiana, que establece límites sustanciales entre mente y cuerpo, sujeto y objeto. Como relación triádica, el signo lleva dentro de sí los trazos de signos anteriores y de signos futuros; en la mente del agente semiótico exhibe tanto huellas pasadas como sugerencias y expectativas futuras. La continuidad semiótica implica que para el agente semiótico no hay ni un origen ni un fin definidos. Los signos se desarrollan desde la inconsistencia (la vaguedad como categoría primera) hacia la incompletitud (la generalidad como categoría tercera) y ese desarrollo es reversible.

La categoría primera como posibilidad envuelve una multiplicidad en principio infinita que conlleva la existencia de una contradicción en algún

punto. La categoría segunda como actualidad no es un detenerse, a la manera cartesiana, en una objetividad reproducible a través de la representación; nada representa sin una relación con la categoría tercera, la generalidad, de la cual todo saber es intrínsecamente incompleto, interpretativo e inferencial.

Podemos suponer que la continuidad semiótica sólo se interrumpe cuando el agente semiótico se constituye como "yo" a través del diálogo. Ese diálogo es también una tríada: relación con el mundo físico-semiótico, con la comunidad y con el otro del propio yo. La continuidad del fluir semiótico se manifiesta fundamentalmente en el establecimiento de hábitos a partir de la generalidad. Sin embargo, permite el cambio y con él, las discontinuidades exhibidas por los paradigmas de Kuhn, también enfatizadas hoy por otros teóricos de las ciencias.

Las analogías señaladas entre el pensamiento contemporáneo y el de Peirce no deben impedirnos observar las diferencias entre ambos. La idea de ciencia que sostiene Peirce, contiene al menos dos rasgos que comparte con el positivismo finisecular: la ciencia como modelo de racionalidad y como institución racionalizadora de la sociedad. La filosofía pos-analítica rompe con esta estructura categorial y acentúa los rasgos históricos, sociales y políticos de la actividad cultural que llamamos ciencia. Al hablar de la comunidad de los investigadores, los sociólogos de la ciencia enfatizan aspectos tales como el intercambio de reconocimiento social por información o como el deseo de reconocimiento que induce a los científicos a seleccionar problemas y métodos. Ver a los científicos por un lado, adhiriendo a valores comunes y por otro, calculando racionalmente entre recompensas y sanciones. Esta idea de ciencia como empresa capitalista poco tiene que ver con la reflexión sobre la ciencia en Peirce, que cumple funciones retóricas legitimadoras de la autonomía de tal quehacer.

Podríamos encontrar en Peirce muchas otras afirmaciones de orden metafísico, ético o científico, que marcarían una gran distancia con respecto al pensamiento contemporáneo.

Es su enfoque semiótico quizá el elemento clave que ha significado para nosotros una nueva aproximación a los temas del conocimiento y de la acción humanos.